

tamoanchán



lunes 24 de febrero

"UNA CRÓNICA DE HISTORIA REGIONAL", CENTRO INAH MORELOS

• Amecameca

Ciudad Maldita

Ricardo Melgar y Miguel Morayta.

Carleton Beals (1893- ?), después de la primera aproximación que hicimos a su biografía y a uno de sus más relevantes capítulos sobre Tepoztlán aparecido en Panorama Mexicano (1930), nos viene revelando nuevas claves sobre su vida en México, también sus miradas sobre tradicionales espacios zapatistas como Amecameca. Hemos de recordar que uno de los clásicos de la latinoamericanística estadounidense alusivo a México, lleva la firma de Carleton Beals: Porfirio Díaz, dictador de México (1932), uno de cuyos ejemplares es posible consultarlo en alguna biblioteca de Cuernavaca. Añadiremos al record bibliográfico de Beals otro interesante y poético texto:

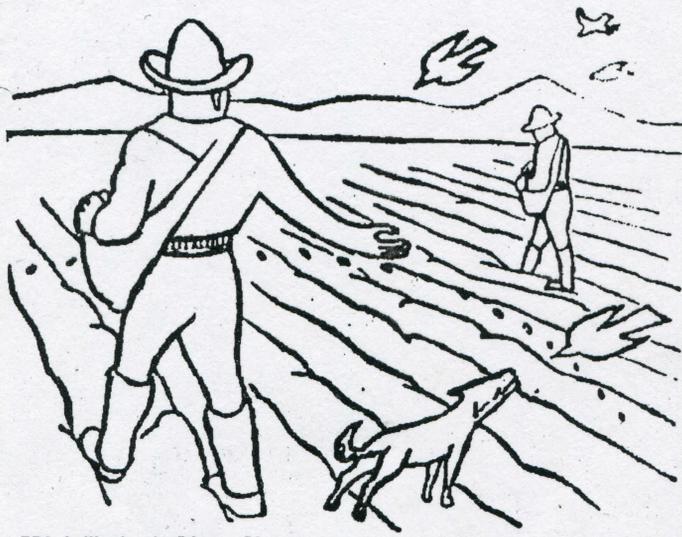
México desconcertante: Impresiones de un pensador norteamericano (1931).

1. Las andanzas del joven Beals: notas adicionales.

Carleton es el primer corresponsal extranjero que logra hacerle un exitoso reportaje al general Sándino y funge como activo colaborador de El Libertador (1925-1929) según festinoma Gustavo Machado, uno de los líderes de la izquierda venezolana exiliado en México y administrador de dicha publicación a partir del mes de agosto de 1927. Esta revista de izquierdas se editaba desde México, reivindicándose como órgano de la Liga Antimperialista de las Américas. Entre sus directores y animadores se puede recordar a: Ursulo Galván, Diego Rivera, Xavier Guerrero y Bertranda Wolfe.

En 1927, Beals aparece por primera vez entre los colaboradores estadounidenses de El Libertador, al lado de Scott Nearing, Upton Sinclair, J. Freeman, Robert W. Dunn, Bishop Brown y Manuel Gómez. Nuestro protagonista a su retorno a México, luego de un agitado periplo como corresponsal político del periódico de The Nation en América Central, participa como orador en el mitin convocado por la organización Manos Fuera de Nicaragua (MAFUENIC) en el Teatro Fábricas de la ciudad de México a principios de 1928, solidarizándose con la causa sandinista.

Carleton en su libro sobre México, al



ERS / dibujo de Diego Rivera

mismo tiempo que reivindica los perfiles de Zapata y de Carrillo Puerto, aguja su crítica contra los generalotes del ejército federal de los años veinte, por formar parte visible de la nueva fauna caciquil y autoritaria. Pero la carga antimilitarista de Beals tenía sus matices. Así parece reafirmarlo un insidioso comentario de Vasconcelos sobre un juicio favorable acerca del general Joaquín Amaro, como probable sucesor de Pascual Ortiz Rubio, en el curso de la crisis política nacional vivida en los primeros meses de 1930. Vasconcelos no cita a Beals sólo invita a ratificar su dicho consultando un artículo de Beals aparecido en el «dominical del New York Times» del cual no da referencias puntuales. El texto al que alude Vasconcelos merece ser rastreado toda vez que el general Amaro dirigió una de las campañas antizapatistas en Morelos el año de 1916.

Joaquín Amaro durante el momento político que refiere Vasconcelos, se desempeñaba como Secretario de Guerra, manteniendo dicho cargo bajo los gobiernos sucesivos de Calles, Ortiz Rubio y Portes Gil. Es posible, que Beals haya sobrestimado la fuerza de Amaro frente a la de Portes Gil en el complejo ajedrez político del

Callismo. Recuérdese que el Callismo fungía desde el asesinato de Obregón (1928), como tendencia hegemónica de la Revolución Mexicana. De ahí a que Carleton le confiera un cheque en blanco al General Amaro, hay algo más que un matiz político e interpretativo. Por todo lo anterior, merece seguir explorándose el posicionamiento político de Beals en esta y en otras peculiares coyunturas.

Beals particularmente destaca por su militancia antifascista y antiautoritaria aunque su orientación política en los años cuarenta se torna proclive al controvertido Ideario Interamericano. La razón autoritaria para Beals se viste de muchos rostros, añejos y despóticos como el de Díaz, modernos y represivos como los totalitarismos internacionales y criollo-mestizos. Con motivo de la raza anticomunista que acompañó al curso de la Guerra Fría, se pronunció en contra de la Intolerancia y represión político-cultural en su país. Vota en contra de la destrucción de un mural de Diego Rivera en Nueva York, ordenada por Rockefeller.

2. Amecameca: la mirada desde la ciudad.

Por favor pase a la página doce.

Y los montes dieron a luz un ratón

Heladio Rafael Gutierrez

Destinar dinero del pueblo que el Gobierno administra para editar libros que exalten los valores culturales, es indudablemente una acción digna de todo encomio, pero sería grave que fuera un garlito, no llegara al pueblo y a los académicos o que fuera en provecho de una campaña electoral.

Digo esto por un artículo que salió en un diario local (Diario de Morelos del 3 de febrero de 1997) donde se informa acerca de un ambicioso proyecto editorial del «Instituto Editorial de Documentación» (IED); las informaciones, parecen más producto de la imaginación del articulista que de la realidad, porque los protagonistas históricos de la noticia son personajes serios que conocen lo que dicen.

Sin querer hacer mayor análisis y sólo porque es algo que conozco desde el rescate de las pinturas de la Catedral y del convento de la Asunción, quiero referirme a dos cuestiones acerca de «LA RIQUEZA CULTURAL Y ARQUITECTÓNICA del Estado»: la primera, es la afirmación, de que «no se tiene idea de su cuantía»; no es muy cierto: el inventario de los edificios se conoce, pero el conocerlos no es suficiente, es más urgente establecer las políticas de su protección.

Por ejemplo, las llamadas «haciendas» o están abandonadas como Chicomocelo o están repartidas como tierras ejidales baldías como la hacienda de san Vicente Zacualpan (E. Zapata), sólo algunas están rehabilitadas como san Gabriel de las Palmas, Cocoyoc, Temixco, otras están en proceso de recuperación: todas contradictoriamente en propiedad privada.

La arquitectura vernácula de los centros históricos está en proceso de devastación y la religiosa en buena parte conservada, aunque pasa actualmente por momentos difíciles.

Por favor pase a la página doce.

Amecameca: La Ciudad Maldita

Viene de la página once.

Amecameca revela desde su toponimia su veta nahua, también su tradición de pueblo indomestizo. Una lectura de este topónimo la traduce como «donde usan las mantas de fibra de amate», apoyándose en los sentidos que portan sus propios componentes: Amatli (amate) y quémétl (manta), eh partícula posesiva y can sufijo locativo. Esta población serrana ubicada a casi 2,500 metros sobre el nivel del mar, se ubica en un corredor estratégico que une el Valle de México en su lado Sureste con los valles de tierra caliente de Las Amilpas, proyectándose desde Chalco sobre importantes poblaciones como Ozumba y Cuautla, para luego bifurcarse hacia Puebla y Guerrero a través de Izucar de Matamoros y Axochiapan.

Existe una serie de relaciones de diferente índole entre las poblaciones que quedan unidas por este corredor. Una serie de mercados y flanguls marcan un circuito comercial por el que ha circulado la producción desde la tierra fría hasta la tierra caliente, y viceversa.

Por otro lado, existe una antigua red de relaciones ceremoniales que han ido acompañando las relaciones de intercomplementación económica, no solo a la redistribución de recursos y de la producción, sino acompañando los movimientos migratorios estacionales y permanentes entre los pueblos de dicha región. Un ejemplo de estas relaciones religiosas que unieron a lo que hoy es el Oriente del Estado de México con la Tierra Caliente

Morelense, es el culto a la Virgen de la Cueva a mediados del siglo XVIII. Este culto cundió desde Yauteppec, Mor., hasta Amecameca, Edo. de México, dentro del proceso de expulsión de los órdenes religiosos con la intención de que la Ig'l'sia regular tomase presencia y control de los pueblos.

Frente a esta presión, algunos frailes crearon cultos propios que se iban traduciendo en movimientos de resistencia en los que franciscanos y dominicos se negaban a ser desalojados de la Nueva España y donde los pueblos campesinos no querían ver rotas las instituciones comunitarias que los frailes habían ayudado a constituirse en los pueblos aludidos. El culto a la

Virgen de la Cueva se enfocó a la adoración de una imagen de madera esculpida por los frailes, la cual tenía cierta combinación de ídolo antiguo, elementos estéticos salidos de la imaginación y creatividad de los frailes apelando a añejas tradiciones del catolicismo del Mediterráneo. Este culto llegó a tener más de quinientos adeptos, procedentes de varias comunidades de Morelos y del Estado de México. Fue precisamente en una cueva de Amecameca en donde quedó el último refugio y adoratorio de esta imagen franciscana.

Otro elemento de integración regional lo constituyen los santuarios. En Amecameca existe uno conocido como Sacro Monte. Este se erigió en recuerdo de un franciscano bienhechor, levantándose una capilla con su imagen. Este «santo» franciscano según la recepción del

catolicismo de los pueblos de este corredor alto, resulta especialmente milagroso para con los niños. Como agradecimiento a los favores recibidos sobre sus hijos, las familias colocan cada clase de ropita de los niños en los árboles que rodean el santuario viejo. La relación árbol/niños pequeños existe desde hace unos mil quinientos años en el México Central. Este santuario recibe la visita de peregrinos procedentes del Oriente de Morelos.

Finalmente, es desde Amecameca donde arranca el importantísimo circuito de ferias de Cuatesma, la cual abarca varios santuarios especialmente el de Tepalcingo, Mor., uno de los más importantes del México Central. La población del municipio de Amecameca bordeaba los 11 mil habitantes en 1910, una década antes de la visita de Beals. En 1916, durante el repliegue estratégico zapatista para hacer frente a la presión del ejército constitucionalista, se pasó de la desmovilización del ejército a un montaje de columnas volantes, una especie de guerra de guerrillas. En ese contexto, las columnas zapatistas de Vicente Rojas y Everardo y Bardomiano González, ocuparon varias veces las poblaciones de los municipios de Ozumba y Amecameca. De estos tres personajes zapatistas destacó el general Everardo González, oriundo de Juchitepec, adhiriéndose al Plan de Ayala y combatiendo bajo las órdenes de Emiliano Zapata en las zonas limítrofes de Puebla y México: los Reyes, Chalco, Amecameca y Tepetlilxpa por los años de 1913 a 1916. En 1922 falleció envenenado, habiéndose incorporado dos años antes al Ejército Nacional.

• Amecameca: La ciudad maldita

Un día de verano cabalgaba por la meseta que se extiende al Noreste de Amecameca, dirigiéndome a un pueblo situado al pie del volcán Ixtacchuatli, Ila Mujer Blanca!, para presenciar una fiesta indígena. A medio camino fui asaltado por unos bandidos, los que me robaron hasta la camisa. Volví a Amecameca y tuve que pasar una semana en el Hotel Monte Sacro, esperando que me llegaran fondos para reponer la pérdida. Los primeros dos días los pasé mirando el paisaje desde la

ventana de mi cuarto, segundo piso, y ocasionalmente con una artista de una compañía de paso en la ciudad. A veces un acompañamiento fúnebre, llevando velas encendidas o antorchas de cocote, pasaba en demanda de alto cementerio. En la noche el viento silbaba en el altiplano. En la tarde la sombra violeta de las montañas descendía sobre el Monte Sacro, una colina cubierta de espesos bosques, aureolada de leyendas milagrosas, en cuya cima dos Iglesias apuntaban con sus índices al cielo.

Pero al tercer día el sol apareció espléndido, y los dos enormes volcanes, Popocatepetl e Ixtacchuatli, se presentaron a nuestra vista, albos majestuosos, claros, recortando sus ásperas siluetas, llenas de fuerza estática, en el aire turquesa, tan próximos que se creía tocarlos con la mano, en su magnífica lejanía. Ese día, andando por la plaza de la ciudad, o sentado en uno de los bancos de piedra, veía danzar la luz en sus altas cimas. La tarde pasó en un éxtasis luminoso, subyugado por esa gloria de la naturaleza. La luz se fue transfigurando en la nieve, amatista, rosa, heliotropo, verde, violeta. En el atardecer, algunos indios pasaron a mi lado, pisando suavemente con sus sandalias, envueltos en sus sarapes rojos y azules. El reloj de la ciudad brillaba como una luna llena sobre las agudas copas de los cipreses. Hacia el Oeste se divisaba la línea gibada de Monte Sacro. Sus árboles encorvados parecían avanzar como un ejército al ataque, como el bosque de Burman, hacia las altas fortalezas de las Iglesias. En la plaza, frente a la gran catedral, junto a unas barrancas improvisadas, un grupo de indios y de comerciantes ambulantes, entre los cuales algunos tocaban sus instrumentos antiguos al son de monótonos compases, junto a pequeñas fogatas, formaba un cuadro sombrío de Perugini, el que tenía por fondo un muro agrietado y a un costado, una escalera de piedra que subía pesadamente hasta una triple arcada de continencia clásica. Pero los dos volcanes Imperiales excedían el cuadro, sobresaliendo en cada ángulo, por encima de la ciudad y la catedral. A medida que se hacía más densa la noche y más agudo el frío, las líneas de los volcanes se fueron desvaneciendo, quedando sólo los conos nevados suspendidos en el espacio, como inmensos cometas, los que al amanecer brillaron con fulgor de plata repujada.

He visto desde la llanura lombarda el perfil de los Alpes encumbrándose al cenit; he estado en las Montañas Rocallosas por muchos caminos; he

Por favor pase a la página trece.

Y los montes dieron a luz un ratón

Viene de la página once.

Los edificios religiosos son registrados en archivos como el de SEPANAL que hizo en los treinta para devolverlos a la Iglesia con planos tan completos como los del Antiguo Monasterio de la Asunción de Cuernavaca, hoy mas conocido como Catedral, los del Palacio de Cortés y muchos otros; mas tarde INAH, a formado su archivo, aunque centralizado en el D.F., existe el archivo TAD que dirige el Arq. Francisco Ramirez Badillo, tambien el que hizo el Arq. Jorge Gonzalez Loysaga con alumnos de la UIA, otro mas que patrocinó el desaparecido Ing. Dubernard, mas recientemente, muchos profesores, tanto de las universidades públicas como la UAEM o privadas como LASALLE, han pedido levantamientos arquitectónicos de edificios históricos a sus alumnos como material de examen.

Lo único que queda claro es la multiplicación del costo para un pueblo necesitado. El problema no es el desconocimiento de nuestro Patrimonio Histórico sino la dispersión de las responsabilidades oficiales tanto del Estado como de la Iglesia así como los celos entre los pequeños grupos de poder. En cuanto a la publicación de la BIBLIOGRAFIA ACERCA DEL ESTADO DE MORELOS, desde tiempos del Ing. Domingo Diez (1933) hasta la del Licenciado Valentín López, y ahor por la del INAH que desde hace 23 años difunde y facilita permanentemente a traves de asesorías, cursos, conferencias y publicaciones en este Suplemento Cultural Tamoanchán. El problema no es la inexistencia de bibliografías sino la inexistencia de Bibliotecas actualizadas acordes al desarrollo social y según la llamada «excelencia educativa» pero sobretudo accesibles a los estudiantes. Las mejores bibliotecas con fuentes para la historia y la cultura acerca del

Estado de Morelos, como la del Lic. Valentín, las bibliotecas de los hacendados y ahora las de los historiadores recientes, estan en propiedad privada, inaccesibles y algunas listas para su entrega y venta al mejor postor como ha sido costumbre desde el tiempo de los códices y textos coloniales; debiera haber una ley que las declarara patrimonio histórico y evitara su venta y explotación privada.

No esta mal apuntalar nuestra mallecha Identidad cultural regional, «lo malo es que haya repique de campanas por unas indulgencias» cuanoo clamamos por el fuego nuevo de una pascua mejor.

tamoanchán número 17

UNA CRONICA DE HISTORIA REGIONAL

Es un suplemento semanal editado por





Cualquier información, sugerencia o publicidad dentro de este suplemento, favor de dirigirse a nuestras instalaciones en la Avenida Palmas #111 Fraccionamiento Bella Vista, c.p. 62170, en Cuernavaca, o al Teléfono (73) 13-28-93

lunes 24 de febrero de 1997

Amecameca: La Ciudad Maldita

Viene de la página once...

traspuesto los Apeninos y los Pirineos, y no olvidarás estas emociones; pero no recuerdo un espectáculo más imponente que el de estos volcanes, Ixtaccihuatl y Popocatepetl, que dominan la meseta mexicana. El *Fujlyama debe ser parecido al Popocatepetl, con su línea aguda, su ascensión vertiginosa, sus faldas cóncavas. Como el *Fujlyama, el Ipopoí, el Monte Humeante, es sagrado para la religión nativa. Igual a aquí en grandeza y sus segundo en el carácter sagrado es Ixtaccihuatl, la Mujer Blanca. La cima de éste está formada por tres picos que semejan un pie, un pecho y una cabeza, una mujer que duerme su sueño eterno envuelta en albo velo. Un día, dicen los mexicanos, la mujer dormida ya a despertar y la aérea pareja se irá a un cielo más hermoso que todos los soñados, porque ellos fueron los amantes de una raza gigante y valiente que ha desaparecido ya de la tierra, puesta sobre la tierra por el mayor de los dioses como reliquia de la gloria de un tiempo perdido.

La vida apacible de la gente de Amecameca, en sus casas de adobes, en sus patios llenos de flores, sus milpas sembradas de maíz, esa vida tranquila y circunscrita da la impresión de su unión con el espíritu de las dos montañas. Los amaneceres y crepúsculos, el viento que grita como un alma desconsolada en las agudas gargantas, hacen temblar a los hombres y los niños. Las voces de las mujeres en sus umbrales se apagan en murmullos; los niños suspenden de pronto sus juegos y miran en torno atribulados; los hombres se sienten mal en el sueño y suspiran hondamente, porque las brujas pasan volando en la oscuridad, y el alma animal, la pavorosa Nahuatl, ya en el viento y negros espíritus cabalgan en el aire. El alma de los reyes muertos hace muchos siglos pasa de noche por las calles. Los pájaros graznan sobre los techos y entonces el indio se muere.

pais fatalista. Aquí toda una ciudad se ha resignado a su extinción final; y esta certeza asume una despreocupación lúrica, ha erigido en la conciencia una ermita de segura indiferencia.

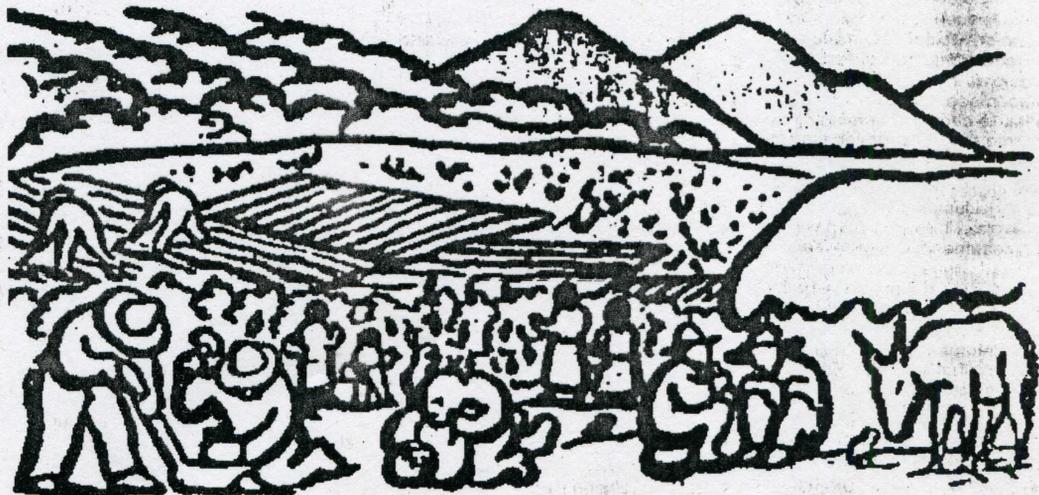
La palabra Amecameca significa una ciudad sobre otra ciudad. Una vez el caprichoso dios del volcán humeante se irritó con su gente y arrojó nubes de humos venenosos y lavas ardientes y piedras inflamadas sobre el llano, sepultando la ciudad en una sola noche. La leyenda cuenta que cuando los hombres de hoy degeneren y se hagan culpables, el dios volverá a borrarlos del faz de la tierra, para que giman eternamente en su prisión subterránea. Esta destrucción es periódica y está vinculada al gran ciclo de cincuenta y dos años del calendario Nahuatl. Antiguamente la llegada de la fecha fatal, al término del *Xluh-tonalli, como

pira a la que era arrojada una víctima. Con las antorchas en alto los sacerdotes y neófitos corrían montaña abajo, dando gritos de alegría, las llamas y las túnicas desplegadas al viento.

Pero un día u otro el dios de la Montaña Humeante vomitaría su cólera, más formidable cuanto más contenida, sepultando el Monte Sacro y el multitud en oración. Mucho tiempo después, cuando se hubiera enfriado la lava, *Xochiquezatl, la diosa de las flores, y Tlaloc, el dios de la lluvia, llegarían sembrando blancas liras y violetas bronceadas; y las liras serían las mujeres de albos pechos, y las violetas, hombres de infatigables pulmones. Y así se creará una raza fuerte y bella, superior a todas las que han hallado la arrugada corteza de la tierra. Entonces Amecameca será un reino de paz, abundarán en sus

"Hijos de la Montaña Humeante". Una actividad y alegría superficiales se agitan como una hojarasca de otoño en las tortuosas calles. Largas hileras de burros bajan trotando y rebuznando de los cerros, con sus cargas de frutas y verduras, o c.a. piedras de colores y trozos de mármoles de las canteras del volcán. Los valle resuenan con los ecos de los gritos de los muleteros. Indios inclinados bajo sacos de cien kilos de carbón trotan cansinos por las calles. La ciudad es atravesada por claros arroyos que cascabelean en las calles. Mujeres atavizadas con blancas camisas prolijamente bordadas lavan ropa en las corrientes. Entonces el dios de la montaña sonríe bondadosamente, "La Mujer Dormida" parece reclinarsse en su almohada inmaculada con cierta satisfacción.

Otras veces la misma grandeza de las dos montañas se hace abrumadora. Entonces el pueblo mira con alivio hacia el Monte Sacro, con sus dos iglesias acogedoras. Parece que la naturaleza hubiera colocado el Monte Sacro a las espaldas de la



ERS / dibujo de Diego Rivera

• ¡Cuando llora el tecolote, el indio se muere!

En estos momentos de temor la gente parece impenetrable. Y la manera de levantar el sarape sobre los hombros es entonces un gesto simbólico. Este gesto no puede ser imitado en ninguna otra parte del mundo. Este ademán lo hace volver a uno de súbito varias centurias atrás. Se revive el tiempo en que los chalcas y los toltecas llegaron a esta meseta. Es sólo un gesto, pero basta para separar de nosotros el eón de esta raza; porque ese gesto se modeló antes que el blanco pisara este continente; los músculos del brazo y el cuello se han conectado instintivamente, el ademán se ha esculpido en el organismo y se transmite a través de las generaciones, hasta que hoy el modo de arrebujarse en el sarape llega a ser signo de una actitud mística. Es un ademán altivo y, no obstante desencantado y fatalista. Porque hay un fatalismo peculiar del mexicano, compuesto de la herencia oriental, musulmana y latina. Aquí en Amecameca este fatalismo es más fuerte que en otras provincias de este

se llamaba al ciclo, daba lugar a ritos propiciatorios para conjurar la terrible catástrofe. Una ceremonia llamada *Toxiu-mopilla. Entonces los aterrizados amecamecanos rompían sus vajillas, sus muebles, sus ropas y arrojaban sus queridos ídolos domésticos de jade y paja y bañábú trenzados al río. Se apagaban todos los fuegos de las cocinas. ¿Para qué servirían todas estas cosas después del cataclismo? Y a la caída del sol los sacerdotes, vestidos con la insignia de los dioses, subían en procesión al Monte Sacro, así como los sacerdotes aztecas ascendían al Monte de la Estrella sobre el Ixtapalapa, cerca de la Ciudad de México. La fila de los sacerdotes ondulaba lentamente hasta llegar al altar -teocalli de Tlaloc, dios de la lluvia- cavado en la roca, justamente a la medianoche, hora que se determinaba por la posición de las Pléyades. Rodeados por el pueblo suspenso y empavorecido, se detenían un momento en la oscuridad densa y opresora. Después se ponían a frotar leños para encender nuevo fuego. Si tenían éxito, Amecameca estaba salvada por otros cincuenta y dos años. Cuando se prendía el nuevo fuego, se encendía una gran

estrechos valles el maíz dorado y los ciervos mansos y los días serán colimados de música. Entonces el dios humeante despertará a su dormida esposa y se desvanecerán de la vista de los hombres, como todas las cosas de encantamiento. Pero mientras llega ese día supremo, el pueblo de Amecameca vive bajo la amenaza de la destrucción inminente, acechando con mirada temerosa la columna de humo que se levanta en la cúspide del dios de la Montaña y cantando su viejo himno:

Oh, gran dios de la Montaña Humeante habitante del Reino del Día, perdona a tu pueblo suplicante que no es culpable todavía, perdona a un pueblo sollozante que no es culpable todavía.

Pero cuando el sol de la mañana golpea con su barra dorada las campanas de plata de las cumbres gemelas, se desvanecen todos los miedos de los nativos. Entonces los hombres circulan con paso elástico y ligero y se llaman vanidosamente los

ciudad, para solaz y refugio de un pueblo condenado, que conoce su destino. Y en verdad la diosa que antaño habitó esta colina era menos temida y más benigna que los espíritus de la montaña.

Es verdad que todas estas arcaicas leyendas fueron desplazadas por el arribo de los españoles y el cristianismo. La indomable energía de Cortés y sus compañeros se vació en cauces prácticos, en moldes pragmáticos, y no podía avenirse con sueños derrotistas y presagios siniestros. Desde la antigua Cholula, los españoles se descolgaron por la vertiente abierta entre ambos volcanes y bajaron a la ciudad. El choque de sus armaduras turbó la quietud de las noches y las auroras, y aún parece escucharse bajo los árboles del Monte Sacro el rumor de sus pasos. Aquí plantaron los conquistadores la cruz de la Iglesia Romana y el emblema amarillo y rojo de los monarcas católicos. La bandera llegó hasta la cima del Ipopoí, la tercera cumbre de Norteamérica, no para rendir homenaje a la adusta divinidad, sino para acarrear grandes

Por favor pase a la página catorce...

Amecameca: La Ciudad Maldita

Viene de la página once.

pedras de azufre que luego usaron como pólvora para sus cañones. Y aun el bendito Fray Martín de Valencia, uno de los doce primeros apóstoles de la Orden de San Francisco, que se domicilió en una caverna del Monte Sacro, debe haber sido un hombre práctico que rendía culto a su abstracto Dios en forma fructífera, trayendo sablamente a los nativos a los beneficios de la nueva fe. En 1524 este Fray Martín de Valencia, superior de la provincia española de San Gabriel, se embarcó con sus colegas desde la Península y tocó tierra en la siniestra costa de Veracruz, o fuerte de San Juan de Ulúa. Como prueba de su resolución, se fueron a pie desde la costa a la meseta, bordearon el lago Texcoco, llegando a México antes de un mes. Fray Valencia, padre de la Iglesia Mexicana, no era un simple fanático, sin dejar de ser un patrio inflexible que rompió con sus manos más de mil ídolos. Aunque su celo inflamado estaba en violento contraste con el pasivo fatalismo nativo, su fervor no carecía de inteligencia. En Amecameca, como en tantas otras partes, se alzó un templo católico en el mismo sitio del destruido templo de Tlaloc.

Corre un cuento indígena sobre el origen del templo. Unos muleteros del Sur llevaban imágenes para venderlas en Amecameca. Dos veces se arrancó una mula y llegó hasta la cueva del Monte Sacro. La segunda vez la mula rehusó volver. Al descargarla, se vio que llevaba una imagen de Cristo. Esto se interpretó como una orden de levantar allí un santuario. Ahora lleva éste una inscripción del poeta José Joaquín Terrazas:

*Asilo dulce, soledad dichosa,
donde extasiado en religiosa calma,
dividí la morada congolosa
que aprisionaba en la ciudad el alma.*

En la cima, donde estuvo antes el templo de Teteolnán, que tiene también su leyenda, apareció por primera vez la Virgen de Guadalupe, con antelación a su advenimiento en Guadalupe Hidalgo. Pero como se levantó allí solamente una mezquita en su honor, la Virgen se retiró indignada y se estableció en Guadalupe Hidalgo, donde se le alzó una soberbia catedral y fue honrada como divinidad nacional. Los amecamecanos, muy compungidos, se apresuraron a levantar un buen templo y mandaron a un emisario a robarse la imagen. El personero robó a la Virgen y cargó con ella hasta el cerro del Tepayac, pero se le puso tan pesada, que se asustó y la devolvió a su sitio. Los ofendidos amecamecanos redoblaron sus ofrendas y oraciones, hasta que la Virgen se conmovió y les prometió visitarlos en persona cada primero de septiembre, día en que había hecho su primera aparición en el Monte Sacro. Esta fecha corresponde también a una festividad famosa en los anales paganos.

Los indios luego aprendieron a volver sus placidos pasos a esta iglesia, y sobre todo, al bondadoso asilo de Fray

Valencia, el que comprendió bien la ventaja de mantener vivo el temor indígena por el dios del volcán, y así como les pintó un infierno tan terrible como la cólera de la Montaña Humeante, les habló de un paraíso no menos elíseo que la edad de oro que disfrutaría la raza elegida cuando ellos hubieran desaparecido.

Los grandes escritores mexicanos, desde Mendieta y Motolinía hasta Altamirano, han hecho las crónicas de Fray Valencia. Este fue un San Francisco local. Cuando oraba, ascendía livianamente del suelo en un halo brillante. Una vez resucitó a un niño, porque había muerto debido a que sus padres no habían querido bautizarlo. Y Mendieta cuenta cómo el fraile iba todos los días a rezar su Padrenuestro bajo un árbol al cual llegaban en el acto miles de pájaros que llenaban la colina con sus cantos. Pero después que el fraile murió los pájaros no volvieron más.

En la gruta del Monte está el sepulcro del sacerdote. Una imagen esculpida, que lo representa, está arrodillada ante un Cristo, el Cristo del Entierro. Esta imagen está esculpida en una raíz de maíz al modo tarascano. Es tan leve, que un indio puede llevarla en la cabeza, y recorre en frecuentes procesiones el campo y la ciudad, para consuelo de los habitantes afligidos.

La Semana Santa me halló en esta ciudad. Los peregrinos se acercaban al Santo Entierro de rodillas o arrojándose en el polvo. Ellos venían, como lo relata el viejo corrido:

*De México y de Toluca,
de Tenancingo y Pachuca,
amecamecanos y cámpeshos.
También venían:
De Cuernavaca y de Iguala,
de Zacatlipán y de Aguanguayo,
los de Tascal y de Teteuala,
de Ixmiquilpa y Quetzala
todos llorando van
de Yauhtepec y Amatlán.*

El Miércoles de Ceniza, el Cristo milagroso era llevado a la cabeza de una gran procesión muy adornada, la que serpenteaba por un camino en zigzag y por gradas de basalto hacia la ciudad, al son de la música del aborigen. El lento to-to-co-to-co-fi del teponaztle, hecho de madera de tephuatzin, alternando con el tantan del huehuatl, un gran tambor, y acompañados por la aguda y gárrula melodía de la chirimía o flauta, la misma música con que habían celebrado al dios de la lluvia varias centurias antes. Y en la tarde el templo y la imagen slyen para la representación de una pasión paganzada. Todos los años sale esta noche el espíritu de Fray Valencia, pero nadie sabe a quién visitará. Esta noche también pasa sobre la tierra como un fresco airecillo que baja de la montaña, Teteolnán, la diosa Nahuatl de la Ilmpeza. Los indios cuelgan sus ropas sucias en los árboles, para que la diosa los bendiga, y las prendas cuelgan como grandes murciélagos entre la urdimbre de las ramas, al paso de las

antorchas de ocote. La diosa, con su corona de fallos entrelazados y su escoba de ramas, pasa batiendo la tierra, limpia las ropas sucias, purifica el aire, ahuyenta las enfermedades, y también levanta los ánimos; pues su paso disipa por algunos días la pesada melancolía que pesa sobre el ánimo de Amecameca.

Aquella noche, cuando el reloj del pueblo había focado gravemente las doce, las antorchas principiaron a descender del Monte Sacro, seguidas por una muchedumbre que ondulaba como una serpiente. Yo subí hasta el santuario que está en la cima de este cerro, a cuya espalda se extiende el cementerio. Las cruces apuntaban como tazas hacia un millón de estrellas. Allí encontré a un indio alto y viejo, arrugado y retorcido como el tronco en que se afirmaba, como si ambos hubieran sido extorsionados por los instrumentos de la Inquisición. Tenía un pie afirmado en la cubierta de una tumba y sus ojos contemplaban los dos gigantes dormidos, que brillaban como astros despedazados en el negro fluido de la noche. El viejo murmuraba, murmuraba... tal vez una antigua oración. Como Mitya en Los Hermanos Karamazov, parecía uno de esos que no quieren millones sino una respuesta a sus preguntas. O más bien parecía estar envuelto en una atmósfera maravillosa, junto al gran misterio, a cuyo lado las preguntas son superfluas.

"Grandes cosas ocurren cuando los hombres y las montañas se juntan", dice Blacke. En verdad, el pueblo de Amecameca deja pasar el día entre quehaceres rutinarios; el maíz se abre en las milpas; las mujeres, cuando la diosa Teteolnán no se encarga de ello, apalean sus ropas junto a los arroyos claros donde canta el agua de nieve que baja de los colosos dormidos; las campanas de las iglesias tocan sus maitines llamando a las misas de madrugada; la gente charla y compra en los almacenes; pero al ver la figura hierática del anciano contemplando a los dioses de su raza, comprendí que en Amecameca, a pesar de toda la

rutina superficial, grandes cosas ocurren. Y no dudo que esa noche de Miércoles de Ceniza muchos corazones dolientes se alejaron de la procesión y se fueron a consultar en la soledad a esos grandes árbitros, que miran inescrutablemente la comedia humana, prontos a premiar o castigar.

Yo, un extranjero en ese lugar y esa raza, nunca sentiré el peso inamovible de esa condena irrevocable que pesa sobre el corazón de esta gente. Para mí esos picachos macizos, inmaculados y eternos han llegado a ser símbolos de paz íntima que no tiene por qué dudar de su justicia y rectitud, una paz que para nosotros los mortales debe ser siempre inalcanzable en este mundo y sólo puede alcanzarse el alma, la paz de la perfección final. Y, sin embargo yo, aquella noche, estaba ansioso de ser confirmado, de volver a ver en la alborada a los gigantes tutelares envueltos en sus clámides de plata.

En la mañana el viento aullaba en las gargantas, golpeando con sus manos huesudas las puertas y ventanas y sacudiendo con violencia los árboles. Un inmenso cordón de pesadas nubes rodeaba la ciudad y parecía estrechar su cerco en torno a ella. Se creería que el día de la condena había llegado para la ciudad.

Cuando me despedí de la hermosa actriz, cuyos labios caprichosos y pintados y ondulante kimono azul la trasladaban a muchas leguas de aquel ambiente mítico y mágico, y bajé a la estación, la pesada niebla hacia imperceptible a la ciudad, la diluía como un sueño. Los indios habían levantado sus sarapes alrededor de sus cuellos; los caballos pasaban lentamente y los arreos de plata de los jinetes no daban brillo alguno. Las casas con sus negras chimeneas se columbraban fantásticamente entre la bruma. Rondaba los campanarios de la plaza un negro zopilote con sus alas agoreras.

Hasta que se hubo perdido de vista el Monte Sacro, no pudimos columbrar un rayo de sol, el cual brilló de pronto en la ceja de un abismo. Pero el Monte Humeante y su dormida consorte seguían envueltos en un velo impenetrable.

*como texto original

Fe de erratas

Por un involuntario error de la coordinación del Tamoanchan, en el artículo de Carleton Beals en Tepoztlán (Tamoanchan 14) de Miguel Morayta y Ricardo Melgar, dice en el primer columna, cuarto párrafo: «fascismo musoliniano mexicano», debe decir: «fascismo musoliniano».

En el mismo párrafo dice: «norteamericanos fuertemente comprendidos», debe decir: «comprometidos».

En la página 13, primer columna, en la canción popular dice: «revelación», debe decir: «revolución».

En el Tamoanchan del lunes 17 de febrero, en el artículo «La hermandad de la miseria» de Ricardo Melgar, hubo las siguientes omisiones:

Página 12, segunda columna, primer párrafo, dice: «hemos redescubierto tiempos de nuestros prejuicios positivistas», debe decir: «hemos redescubierto nuestras afinidades negadas con la literatura. Ya quedaron atrás felizmente los tiempos de nuestros prejuicios positivistas».

Página 12, tercer columna, tercer párrafo, dice: «Los jornaleros...», debe decir: «Los niños jornaleros...».

Página 12, cuarta columna, primer párrafo, hay que agregar: «De cada mil niños que trabajan 126 son obligados bajo golpes y amenazas, de cada mil niños 896...».